

PREÁMBULO

Imágenes que siguen dando guerra.*



I

El verano de 2006 se caldeó emocionalmente a mediados de julio. Dos rotativos nacionales —*EL PAÍS* y *El mundo*— daban a la luz una curiosa criatura: esquelas de muertes violentas acaecidas... setenta años atrás. La iniciativa prendió como la pólvora en las semanas siguientes, cada periódico abanderando por lo general una de las causas, y el lenguaje que, atónitos, vieron surgir los españoles parecía sacado de un museo, el museo de los horrores de la guerra civil.

Todo acaecía como si el tiempo hubiera quedado congelado y la intensidad del odio, el resentimiento y el afán de venganza hablara un dialecto en presente continuo. Esas armas del lenguaje que rasgaban el velo del apacible estío de 2006 no eran empuñadas casi nunca por quienes habían vivido la crueldad, sino por sus hijos y, a menudo, sus nietos. No era

el dolor lo que se dirimía en esas esquelas, sentimiento propio de esa pudorosa fórmula en la que el sufrimiento íntimo se da a conocer públicamente. Era la indignada acusación, como si la delicada fórmula de esquila se hubiera contagiado de la urgente sacudida del cartel de propaganda y el pesar se hubiera mutado en alarido de combate.

Fue escalofriante y ridículo a un tiempo. Escalofriante porque un hiato cosía repentinamente dos tiempos que en nada se asemejaban, haciendo resurgir los fantasmas de las dos Españas; ridículo porque el clima en el que aparecía este hierro al rojo vivo era distendido y aun ocioso. La incruenta guerra desapareció como había venido, dejando probablemente beneficios tan solo a las empresas periodísticas, que habían cobrado sus servicios, y extrañeza en las gentes de a pie. Pero era un síntoma.

* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto I+D *La función de la imagen mecánica en la memoria de la guerra civil española* (HUM2005-02010/ARTE del Ministerio de Educación y Ciencia).

II

La actualidad de la guerra civil española goza de incuestionable privilegio en el panorama político y mediático español de nuestro tiempo. Lo que en 1986, 1989, 1996 ó 1999 no llevó a confrontaciones abiertas, sí lo está haciendo en los últimos años y a menudo con reclamación de urgencia. La popularmente denominada Ley de Memoria Histórica, las beatificaciones de mártires celebradas en Roma en 2007, por solo citar dos hechos cuyos debates se remontan bastante atrás, han estallado en la vida pública bajo la forma del choque y no del consenso ni de la justicia, que bien podría haber sido el caso. Han sido concebidos más como ataque al enemigo de antaño, supuestamente encarnado sin falla en el contrincante de hoy, que como salvaguarda de unos valores humanos, un dolor o una búsqueda de dignidad para las víctimas. En este extraño presentismo que los medios de comunicación, extremadamente polarizados, no han hecho sino acentuar, el único papel

subalterno ha correspondido a los especialistas, los historiadores, cuya autoridad pública por estos pagos es poco menos que inexistente.

III

Sin embargo, las mutaciones históricas, incluso si sus manifestaciones tienen trazos grotescos, no pueden ni deben ser ignoradas. La caída definitiva de las utopías y la generalización de las masacres con que se saldaba el s. XX están en el origen de un giro muy significativo: el decaimiento del protagonismo del héroe a favor de la figura de la víctima. A ese nuevo estatuto han decidido apuntarse, en nuestro caso, unos y otros.

Por consiguiente, el discurso victimista se ha convertido, sin mayor comprobación ni estudio, en autoridad moral. Ello lleva aparejado el desplazamiento de los protagonistas excepcionales al hombre corriente. De ahí que instrumentos como el testimonio, tan relevantes para una comprensión más completa y cabal de nuestra época, hayan sido mitificados y extrapolados por los medios de comunicación.



